

» inquietud, temiendo que sea conductor de papeles falsos, contrahechos é inventados.

» «El príncipe de la Paz no hacia ni escribia nada sin que lo supiéramos y viésemos el rey mi marido y yo; y podemos augurar que no ha cometido crimen alguno contra mi hijo ni contra nadie, pero mucho menos contra el gran duque, contra el emperador, ni contra los franceses. El escribió de propio puño al gran duque y al emperador pidiendo á este un asilo y hablando de matrimonio; pero yo creo que el pícaro de Izquierdo no la entregó y la ha devuelto. El príncipe de la Paz estaba ya desengañado de la mala fe de Izquierdo, y por lo menos dudaba de su sinceridad. Los enemigos del pobre príncipe de la Paz, amigo de V. A., pintarán con los colores mas vivos y apariencias de verdad, cualesquiera mentiras. Son muy diestros para esto, y cuantos ocupan ahora los empleos son enemigos comunes suyos. ¿No podria V. A. enviar alguno que llegase antes que mi hijo Carlos á ver al emperador y prevenirle de todo, contándole la verdad y las imposturas de nuestros enemigos.

» «Mi hijo tiene veinte años, sin esperiencia ni conocimiento del mundo. Los que le acompañan y todos los demas le habrán dado instrucciones á su gusto. ¡Ojala que V. A. tome todas las medidas necesarias para anticipar no-

»ticias al emperador! Mi hijo hace todo lo posi-
 »ble para que no veamos al emperador; pero
 »nosotros queremos verle, asi como á V. A. en
 »quien hemos depositado nuestra confianza, y
 »la seguridad de todos tres que esperamos con-
 »ceda el emperador.

»En este supuesto ruego á Dios que tenga
 »á V. A. en su santa y digna guarda. Mi señor
 »y hermano de V. A. I. y R. muy afecta her-
 »mana y amiga—Luisa (1).»

En vista de estos documentos creia Murat á su cuñado ó muy exigente ó muy loco cuando no estaba satisfecho de su conducta en la Pe-
 nínsula.

Con el embajador Beauharnais guardaba prudente reserva, mas que por cálculo por orgullo, pero á sus solas se quejaba, y en cierto modo con razon, del emperador su cuñado.

—He puesto en sus manos, decia, los mas importantes documentos, he aumentado el encorno de Maria Luisa dando pávulo á sus esperanzas, he hecho cuanto humanamente puede hacerse en tan crítica situacion. He sabido manejar á Beauharnais como á un niño con andaderas, he obligado á la córte á la partida del infante D. Carlos, que ya va camino de Búrgos, y

(1) Monitoⁿ del 5 de marzo 1810.

pronto será el emperador árbitro de dar una corona con imperios en ambos mundos.

Asi discurría Joaquin Murat seis dias despues de su duelo con el adorador de Elisa. Vino á turbar sus meditaciones el ruido de una silla de postas, y un poco despues vió entrar al general de division, ayudante de Napoleon Savary.

El gran duque se estregó los ojos, como si estuviera soñando, y no salió de su estupor hasta que le dijo Sabary.

Tengo, monseñor, el honor de saludar á V. A.

—¿Savary en España!

—Sí, monseñor.

—¿Y el emperador mi cuñado?

—Bueno, monseñor, y muy en breve llegará á Bayona.

—¿Llegará?

—Sin la menor duda, monseñor.

—¿Traes alguna carta para mí?

—No, monseñor.

—En ese caso traereis....

—Instrucciones verbales.

—¿Que comunicarme?

—Que poner en práctica, monseñor.

Murat se levantó de un salto, dió algunas vueltas por la sala, sin hacer caso de Savary, y parándose de repente dijo al edecan de Napoleon.

—¿Quereis descansar , Savary ? os prepararán alojamiento.

—No , monseñor. La comision que traigo á Madrid es muy importante para que descansen sin cumplirla.

—Hablad , Savary.

—Monseñor , permitidme antes que tenga el honor de preguntar á V. A.

Murat se retiró algunos pasos , cruzó sus brazos sobre el pecho y dijo.

—¿Viene el general Savary á residenciar á Joaquín Murat.

—Monseñor.

—Si es así , general , volved á Paris al momento y decid al emperador , que si no aprueba mi conducta puede recojerme sus poderes , pero que un hombre como Savary no juzgará al gran duque de Berg y Cleves.

—No se si he ofendido , monseñor...

—Me habeis ofendido , Savary. Preguntando antes de contestarme , quereis daros una importancia y una supremacia sobre mí que no reconozco en vos , general.

—Perdonadme , monseñor , perdonadme. Quise que hablase V. A. para abreviar mi comision , mas supuesto que os desagrada hablaré el primero.

Murat se sentó reposadamente y Savary continuó.

—Vengo, monseñor, comisionado para llevarme al rey Fernando.

—¿Y á dónde quereis llevarlo?

—A Bayona.

—Me parece difícil.

—Monseñor, es preciso que así suceda.

—Su hermano Carlos se hallará á estas horas en Burgos.

—¿Es cierto?

—Sin la menor duda.

—Monseñor, tenemos adelantado mucho.

—Sin vuestro auxilio, Savary.

—No quisiera merecer, monseñor, el enojo de V. A. El emperador manda, obedezco como súbdito y militar. Además la mala armonía de V. A. con el nuevo rey no era á propósito para conducir este asunto.

—Hoy mismo he instado á los ministros, por medio del embajador Beauharnais, para que salga el rey Fernando al encuentro del emperador.

—¿Y qué han respondido?

—Dan excusas.

—¿Pero no se niegan?

—Tienen miedo.

—En ese caso estan vencidos.

—¿Qué teniais que preguntarme?

—Lo mismo que me habeis dicho, monseñor.

—¿ Y estais satisfecho ?

—V. A. ha obrado con tino envidiable.

—Me alegro mucho , Savary. ¿ Quereis descansar ?

—Si V. A. lo permite haré que me suban una maleta y me mudaré de uniforme. Quiero ver al rey ahora mismo.

Murat llamó y dió órdenes á sus criados para que subiesen el equipage del general de division Savary. Este dijo.

—Mientras me visto , monseñor , seria oportuno que V. A. mandase llamar á Beauharnais.

—¿ Para qué ?

—Para que pida audiencia en mi nombre al rey de España.

—Asi se hará.

Murat envió uno de sus ayudantes en busca de Beauharnais , y Savary salió del salon para mudarse de uniforme.

CAPITULO XII.



El Consejo.

Al mismo tiempo que Murat conversaba con Savary, estaban reunidos en palacio Fernando VII, sus ministros y sus íntimos consejeros. Esta reunion la componian D. Pedro Cevallos, ministro de Estado y aunque cortesano flexible, hombre de bien y de instruccion; D. Miguel José de Aranza, ministro de Hacienda y hombre probo; D. Francisco Gil y Lemus, ministro de Marina, anciano, de ca.

rácter firme y respetable y D. Sebastian Piñuela, ministro de Gracia y Justicia: el de la Guerra D. Gonzalo Ofarril, hombre reputado de saber y aventajado militar no pudo asistir á la sesion por hallarse gravemente enfermo. Ademas de los cuatro ministros se encontraban tambien en el consejo el opulento duque del Infantado, coronel de guardias españolas y presidente del consejo real; el duque de S. Carlos, ayo que habia sido del rey, y mayordomo mayor ahora; y el funestamente célebre Escoiquiz, arcediano de Alcaraz y consejero de estado del rey. (1) Este eclesiástico era el alma de los consejos de Fernando, pues habia recobrado en pocos dias todo el influjo que tuvo siempre sobre el ánimo de su discípulo.

(1) «Era D. Juan Escoiquiz hijo de un general y natural de Navarra. Educado en la casa de pages del rey, prefirió al estruendo de las armas el quieto y pacífico estado eclesiástico, y obtuvo una canongía en la catedral de Zaragoza de donde pasó á ser maestro del príncipe de Asturias. En el nuevo y honroso cargo en vez de formar el tierno corazón de su augusto discípulo infundiéndole en él máximas de virtud y tolerancia, en vez de enriquecer su mente y adornarla de útiles y adecuados conocimientos, se ocupó mas bien de intrigas y enredos de corte, ajenos de su estado, y sobre todo de su magisterio. Queriendo derribar á Godoy, se atrajo su propia desgracia y se le alejó de la enseñanza del príncipe, dándole en la iglesia de Toledo el arcedianato de Alcaráz. Desde allí continuó sus secretos manejos, hasta que al fin, de resultas de la causa del Escorial se le confinó al convento del Tardon. Aficionado á escribir en prosa y verso no descolló en las letras mas que en la política. Tradujo del inglés con escaso número el paraíso perdido de Milton, y de sus obras en prosa debe

Grave era el motivo que reunia á tan graves personas en consejo , y D. Pedro Cevallos se encargó de esponerlo en pocas palabras, con la venia del rey Fernando.

—Señores , dijo, S. M. nos ha llamado á su presencia para decidir el negocio mas interesante , mas árduo , que puede ocuparnos jamás. El gran duque de Berg y Cleves y el embajador de Francia Beauharnais , nos han repetido cien y cien veces que S. M. el emperador estaba próximo á llegar á la villa y corte de Madrid. Los duques de Medinaceli y de Frias con el conde de Ferman Nuñez, salieron al punto al encuentro de S. M. I. , y no han logrado todavia verlo , á pesar de haber entrado en Francia : antes de ayer salió de aquí S. A. R. el infante D. Carlos , que segun las asevera-

en particular mencionarse una defensa que publicó del tribunal de la inquisicion ; parto torcido de su poco venturoso ingenio. Fué siempre ciego admirador de Bonaparte , y creciendo de punto su obcecacion , comprometió con ella al principe su discípulo , y sepultó al reino en un abismo de desgracias. Presumido y ambicioso , somero en su saber , sin conocimiento práctico del corazon humano y menos de la córte y de los gobiernos estraños , se imaginó que cual otro Jimenez de Cisneros desde el rincon de su coro de Toledo saliendo de nuevo al mundo , regiria la monarquia y sugetaria á la estrecha y limitada esfera de su comprension la estensa y vasta del indomable emperador de los franceses. Condecorado con la gran cruz de Carlos III fué nombrado por el nuevo rey consejero de estado , y como tal asistió á las importantes discusiones de que hablaremos muy pronto.»

Toreno. Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España : tomo 1.º , lib. 2.º , pág 96 y 97.

ciones del embajador y del gran duque debia encontrar á S. M. I. y R. á cortas leguas de Madrid, y S. A. R. ha llegado á Burgos sin tener noticias siquiera del emperador de los franceses. En este estado los negocios, el embajador de Francia Beauharnais y S. A. I. y R. el gran duque de Berg y Cleves han presentado nuevas súplica á S. M. el rey nuestro señor instándole salga al encuentro del emperador rey de Italia. S. M. desea saber la opinion de todos sus ministros y de sus demas consejeros, y á todos la pido en su real nombre.

Se siguió un momento de silencio á las palabras de Cevallos, y el rey preguntó.

—¿Qué opinais?

—Señor, replicó entonces el anciano y respetable Gil de Lemus: á todos aventajo en años, y no llevarán á mal sea el primero que use la palabra en cuestion tan trascendental é importante. Soy un marino acostumbrado á oír la voz de los aquilones al través de jarcias y velas y los mugidos de las olas que preludian la tempestad: he oido muchas veces confundirse con el ronco gemir del trueno el estampido del cañon, y al clamor de la muerte, señores, he rogado á Dios como cristiano y he servido al rey como leal. He sido ministro de dos reyes pero he conservado en el palacio la ruda franqueza de á bordo y digo siempre la verdad. Hace tiempo

que desapruebo la política que estamos siguiendo, porque no me ayengo, señores, con esas influencias estrañas que tan mal sientan al carácter de un español y de un marino. Voté solo contra el viage de S. A. R. el infante, y ahora me opongo con todas mis fuerzas al viage de S. M. el rey nuestro señor.

Todos escucharon en silencio el discurso de Gil de Lemus, y Cevallos, que abundaba mucho en las opiniones del marino, se apresuró á decir.

—Opino con el ministro de marina.

—Señores, dijo en entonces Escoiquiz; parece imposible que hombres avezados á los negocios, de rectitud y de talento emitan unos pareceres tan poco fundados en razon. Además de ser muy natural que S. M. el rey nuestro señor salga al encuentro de su poderoso aliado el emperador de los franceses ¿somos bastante fuertes para no temer enojarlo? El embajador de Francia Beauharnais, nos sirvió muchísimo, señores, en la causa del Escorial y S. M. el emperador nos ha tratado como amigo, como verdadero protector de S. M. Fernando VII. Todo podemos emprenderlo escudados con la amistad del mas poderoso de los héroes, del mas sabio de los monarcas; pero si provocamos imprudentes su ira arrancará el cetro de las manos del rey nuestro señor, lo pondrá en

las de S. M. Carlos IV , ó hará de él lo que mas le plazca.

—Poco á poco , Escoiquiz , exclamó el viejo marino irritado. ¿ Tan débiles somos ó tan niños que esperaremos tranquilamente á quien quiera atarnos las manos é intimidarnos con azotes ?

—No somos nada poderosos...

—Merced , señor arcediano de Alcaraz , á nuestra alianza con el emperador de los franceses. Sin ella no hubieran sufrido nuestras poderosas escuadras la gran rota de Trafalgar , y si no podíamos batirlo en tierra llevaríamos el terror á sus costas, seríamos temibles en el imperio de las mares. Nos han cortado á raiz las alas , pero los soldados españoles tendrán la virtud de reproducirse , y un leon , aunque esté moribundo , siempre es leon , señor arcediano. Voto porque S. M. no se mueva de Madrid.

—Señores , repuso Cevallos adelantándose á Escoiquiz que queria replicar : me parece muy conveniente tratar esta cuestion con calma , y aunque abundo en las mismas ideas que mi respetable compañero el señor ministro de marina , quiero llevar la discusion á muy diferente terreno. Para sostenerla con ventaja voy á presentar un documento desconocido para todos , pues acaba de llegar de Paris. Es una

nota dirigida al príncipe de la Paz por el con-
sejero de estado D. Eugenio Izquierdo.

Suma atencion prestaron todos, y el rey dijo.
—Cevallos, lee.

Cevallos no se hizo repetir la órden, abrió
el pliego, y leyó:

«La situacion de las cosas no da lugar pa-
»ra referir con individualidad las conversacio-
»nes que desde mi vuelta de Madrid he tenido
»por disposicion del emperador, tanto con el
»gran mariscal del palacio imperial el general
»Duroc como con el vice gran elector del impe-
»rio príncipe de Benevento.

«Asi me ceñiré á esponer los medios que se
»me han comunicado en estos coloquios para
»arreglar, y aun para terminar amistosamente
»los asuntos que existen hoy entre España y
»Francia; medios que me han sido trasmitidos
»con el fin de que mi gobierno tome la mas
»pronta resolucion acerca de ellos.

«Que existen actualmente varios cuerpos
»de tropa francesa en España es un hecho
»constante.

«Las resultas de esta existencia de tropas
»estan en lo futuro. Un arreglo entre el gobier-
»no francés y español con recíproca satisfaccion
»puede detener los eventos y elevarse á solem-
»ne tratado y definitivo sobre las bases si-
»guientes:

» 1.^a En las colonias españolas y francesas
 » podrán franceses y españoles comerciar libre-
 » mente, el francés en las españolas como si
 » fuera español, y el español en las francesas
 » como si fuese francés, pagando uno y otro
 » los derechos que se paguen en los respec-
 » tivos países por sus naturales.

« Esta prerogativa será exclusiva, y nin-
 » guna potencia sino la Francia podrá obtenerla
 » en España, como en Francia ninguna poten-
 » cia si no la española.

« 2.^a Portugal esta hoy poseido por Francia.
 » La comunicacion de Francia con Portugal
 » exige una ruta militar, y tambien un paso
 » continuo de tropas por España para guarne-
 » cer aquel pais y defenderle contra la Inglaterra ; ha de causar multitud de gastos, de dis-
 » gustos, engorros y tal vez producir frecuen-
 » tes motivos de desavenencia.

« Podria amistosamente arreglarse este ob-
 » jeto quedando todo el Portugal para España,
 » y recibiendo un equivalente la Francia en las
 » provincias de España contiguas á este imperio.

« 3.^a Arreglar de una vez la sucesion al
 » trono de España.

« 4.^a Hacer un tratado ofensivo y defensivo
 » de alianza, estipulando el número de fuerzas
 » con que se han de ayudar recíprocamente
 » ambas potencias.

«Tales deben ser las bases sobre que debe
» cimentar y elevarse á tratado el arreglo capaz
» de terminar felizmente la actual crisis política
» en que se hallan España y Francia.

«En tan altas materias yo debo limitarme á
» ejecutar fielmente lo que se me dice.» (1)

—No es admisible ese tratado: dijo Lemus.

—Meditémoslo muy despacio: replicó Escoiquiz. Darnos el reino de Portugal por la Navarra no es mala propuesta.

—¿Y mi hermana, la reina da Etruria? preguntó el rey.

—Antes de hablar en nombre propio, ruego á V. M. me permita proseguir leyendo la nota, y veremos como piensa Izquierdo sobre una materia tan árdua.

De nuevo guardaron silencio y prosiguió Cevallos su lectura.

«Cuando se trata de la existencia del estado, de su honor, decoro, y de su gobierno,
» las decisiones deben emanar únicamente del
» soberano y de su consejo.

» Sin embargo, mi ardiente amor á la patria
» me pone en la obligacion de decir que en mis
» conversaciones he hecho presente al príncipe
» de Benevento lo que sigue:

1.º »Que abrir nuestras Américas al co-

(1) Escoiquiz, idea sencilla, núm. 1.º

»mercio francés es partirlas entre España y
 »Francia; que de abrirlas únicamente para los
 »franceses es dado que no quede de una vez
 »arrollada la arrogancia inglesa, alejar cada día
 »mas la paz, y perder hasta que esta se firme
 »nuestras comunicaciones y las de los franceses
 »con aquellas regiones.

»He dicho que aun cuando se admita el co-
 »mercio francés no debe permitirse que se ave-
 »cinden vasallos de la Francia en nuestras co-
 »lonias, con desprecio de nuestras leyes funda-
 »mentales.

2.º »Concerniente á lo de Portugal he he-
 »cho presente nuestras estipulaciones de 27 de
 »octubre último; he hecho ver el sacrificio del
 »rey de Etruria; lo poco que vale Portugal se-
 »parado de sus colonias; su ninguna utilidad
 »para España, y he hecho una fiel pintura del
 »horror que causaria á los pueblos cercanos al
 »Pirineo la pérdida de sus leyes, libertades,
 »fueros y lengua, y sobre todo el pasar á domi-
 »nio extranjero.

»He añadido: no podré yo firmar la entre-
 »ga de Navarra por no ser el objeto de execra-
 »cion de mis compatriotas, como seria si cons-
 »tase que un navarro habia firmado el tratado,
 »en que la entrega de Navarra á la Francia es-
 »taba estipulada.

»En fin, he insinuado que sino habia otro

» remedio podia erigirse un nuevo reino, virey-
 » nato de Ibéria, estipulando que este reino ó
 » vireynato no recibiese otras leyes, otras re-
 » glas de administracion que las actuales, y que
 » sus naturales conservasen sus fueros y esencio-
 » nes. Este reino ó vireynato podria darse al rey
 » de Etruria, ó á otro infante de Castilla.

» Tratándose de fijar la sucesion de España,
 » he manifestado lo que el rey nuestro señor me
 » mandó que dijese de su parte; y tambien he
 » hecho de modo que creo quedan desvaneci-
 » das cuantas calumnias inventadas por los ma-
 » lévolos en ese pais han llegado á infeccionar la
 » opinion pública en este.

4.º » Por lo que concierne á la alianza
 » ofensiva y defensiva, mi celo patriótico ha
 » preguntado al principe de Benevento si se
 » pensaba en hacer de España un equivalente
 » á la confederacion del Rin, y en obligarla á
 » dar un contingente de tropas, cubriendo este
 » tributo con el decoroso nombre de tratado
 » ofensivo y defensivo. He manifestado que nos-
 » otros estando en paz con el imperio francés no
 » necesitamos para defender nuestros hogares
 » de socorros de Francia; que Canarias, Ferrol
 » y Buenos-Aires lo atestiguan; que el Africa es
 » nula etc.

» En nuestras conversaciones ha quedado
 » ya como negocio terminado el del casamiento.

» Tendria efecto; pero será un arreglo particular de que no se tratará en el convenio de que se envían las bases.

» En cuanto al título de emperador que el rey nuestro señor debe tomar no hay, ni habia dificultad alguna. Se me ha encargado que no se pierda un momento sin responder á fin de precaver las fatales consecuencias á que pueda dar lugar el retardo de un dia en ponerse de acuerdo.

» Se me ha dicho que se evite todo acto hostil, todo movimiento que pudiera alejar el saludable convenio que aun puede hacerse.

» Preguntado que si el rey nuestro señor debia irse á Andalucia, he respondido la verdad, que nada sabia. Preguntado tambien que si creia que se hubiese ido, he contestado que no, vista la seguridad en que se hallaban conecerniente al buen proceder del emperador, tanto los reyes como V. A.

» He pedido, pues se medita un convenio, que ínterin que vuelve la respuesta se suspenda la marcha de los ejércitos franceses hácia lo interior de la España. He pedido que las tropas salgan de Castilla; nada he conseguido; pero presumo que si vienen aprobadas las bases podrán las tropas francesas recibir órdenes de alejarse de la residencia de S. S. M. M.

» De ahí se ha escrito que se acercaban tro-



» pas por Talavera á Madrid; que V. A. me despachó un alcance: á todo he satisfecho, esponiendo con verdad lo que me constaba.

» Segun se presume aqui V. A. habia salido de Madrid acompañando los reyes á Sevilla; yo nada sé; y así he dicho al correo que vaya hasta donde V. A. esté. Las tropas francesas dejarán pasar al correo, segun me ha asegurado el gran mariscal del palacio imperial. París 24 de marzo de 1808.—Sermo. Sr.—De V. A. S.—Eugenio Izquierdo (1).»

—Aqui estan rebatidas, señores, dijo Cevallos dejando el papel sobre la mesa, de una manera victoriosa todas las bases del tratado, que como dice muy bien Izquierdo, es una parodia de la confederacion del Rin.

—Exactamente: dijo Lemus.

—Señores... interrumpió Escoiquiz.

—Calle V., D. Juan: dijo el rey en un arranque de mal humor. Estoy cansado de humillaciones, y el emperador de los franceses no sabe hablar de igual á igual, le gusta mandar como dueño. ¿Qué soy yo en España, señores? Soy un simulacro de rey custodiado por 100,000

(1) Escoiquiz, idea sencilla, núm. 1. ∞.

Hemos creído muy conveniente insertar íntegro este importante documento, porque prueba sin dejar duda, que el mismo gobierno francés consideraba sus ejércitos en la península como verdaderas tropas invasoras, y la intervencion que reclamaba en los negocios del país.

hombres extranjeros. Murat me mira con desprecio. Beauharnais tambien hace lo mismo. Tengo que medir mis palabras, y mi poder está encerrado en los muros de este palacio. ¿Sabemos cómo habrá recibido Bonaparte mi subida al trono? Sus representantes aqui se escusan con falta de instrucciones; y solo se acercan á mi trono para presentar exigencias que amenguan su régio esplendor. No quiero mas humillaciones. Que venga Napoleon si le place: le recibiré á la puerta de mi palacio, como á un rey de España corresponde; pero no saldré de Madrid.

Estas palabras del monarca, enérgicas, dignas y sentidas, hicieron profunda impresion en el ánimo de los consejeros: y todos exclamaron á un tiempo.

—No salga V. M.

Solo Escoiquiz guardó silencio, creyendo en su suprema inteligencia que aquellos imbéciles ministros aconsejaban mal al príncipe, porque desconocian enteramente la política de Napoleon.

Iba de nuevo á hablar el rey cuando se oyó un golpe bastanse quedo dado en la puerta de la cámara. Todos fijaron la atencion considerando el atrevimiento del que osaba asi interrumpir deliberacion tan importante, y San Carlos, por órden del rey, abrió la puerta y se encontró con el gentil-hombre de guardia.

—¿Qué buscas aquí? preguntó el monarca con tono seco y desabrido.

—Perdóneme V. M. dijo el gentil-hombre turbado.

—¿Qué tienes que decirme?

—Mr. Beauharnais, embajador de Francia, solicita hablar con V. M.

—¿Mr. Beauharnais?

—Lo solicita con instancia; y aunque me negué á interrumpir á V. M. insistió de nuevo, haciéndome personalmente responsable.

—¿En dónde está Mr. Beauharnais?

—En la antecámara, señor.

—Introdúcelo.

Salió el gentil-hombre, Cevallos recogió la nota de Izquierdo y á pocos momentos entró el señor embajador de Francia.

Beauharnais parecia mas obsequioso que de costumbre, y acercándose á S. M. le dijo.

—Vengo á pedir á V. M. una audiencia.

—¿Para quién?

—Para el general Savary, edecan de S. M. el emperador de los franceses y su enviado extraordinario cerca de V. M.

Se miraron unos á otros con sorpresa, y Escoiquiz se sonrió, como diciendo bien sabia yo que el emperador es amigo del rey Fernando. Este, que conservaba todavia su dignidad, dijo á Beauharnais.

—¿Cuándo quiere verme el embajador?

—Señor, lo mas pronto posible, y en audiencia particular.

—Que venga dentro de dos horas.

—Si V. M. quiere verlo esta en el recinto de palacio.

—No importa. Dentro de dos horas tendré el gusto de saber lo que me dice mi amado hermano el emperador de los franceses.

El embajador se retiró y S. M. dijo.

—Señores, podemos continuar discutiendo.

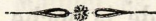
—Si V. M. me lo permite, dijo Cevallos, haré una observacion.

—Hasla.

—Hasta saber lo que el emperador de los franceses dice á V. M. creo inoportuno que decidamos.

—Es verdad.

El consejose levantó y el rey se dispuso á recibir al embajador de Bonaparte,



CAPITULO XIII.

El cuarto de la bruja.

Antes de asistir á la audiencia que debia dar á Savary Fernando VII, rey de España, vamos á presenciar otra escena entre distintos personajes y en muy diferente lugar.

Eran las ocho de la noche, en la calle de Santa Isabel, y en el escalon de la puerta de la casa número cincuenta y cuatro estaba Manuel profundamente pensativo. Sus miradas sombrías se fijaban en la puerta de la hechicera,

pero huian de ella como resistiendo á una poderosa tentacion.

El aposento de Teresa estaba alumbrado á la sazón por una mugrienta vela de sebo puesta en una palmatoria de barro, y en los dos antiguos sillones, próximas á la mesa de marmol, estaban sentadas Dolores y la reina de aquel misterioso palacio. La buena moza habia perdido gran parte de su lozanía, estaban hundidos sus ojos y casi estinguido del todo el vivo carmin de sus megillas. La vieja miraba á Dolores con una profunda atencion, y despues de haberla contemplado dió un hondo suspiro y la dijo:

—¿Cómo estas, Dolores!

—¿Que tengo?

—Tú que descollabas por hermosa entre todas nuestras amigas, te vas poniendo tan ajada que pronto llamarás la atencion...

—¿Por qué, señora?

—Dolores, por fea.

—Qué me importa perder la hermosura si he perdido su amor, Dios mio.

—¿Y porque Manuel es ingrato quieres morirte?

—Sí, señora. Mi vida, mi fé, mi esperanza, mi religion y mi creencia era el amor de Manuel, señora. ¿Perdido su amor, qué me queda? ¡La desesperacion y las lágrimas!

—Tu vista, Dolores, es muy corta, y no sabes leer en el libro del misterioso porvenir. En vez de abatirte debias estar alegre y orgullosa, porque tu destino será brillante.

—¿Podré convencerme algun dia de que Manuel no ha amado á otra, de que me adora como antes?

—Eso es imposible, Dolores.

—Entonces tambien es imposible que yo tenga felicidad.

—Si apartado tu pensamiento de Manuel....

—Señora, decid á un águila en su vuelo que aparte su vista del sol y caerá en tierra amortecida.

—Lo contrario te digo, Dolores. Levanta tu vista de la tierra y clávala en el sol radiante.

—No entiendo.

—Ya me entenderás. Aparta tus ojos de Manuel, que no te ama, y fijalos en el gran duque, que te adora rendidamente.

—¡Jamás!

—La suerte se empeña en buscarte y tú la rechazas, imprudente. ¿Pero qué valen tus esfuerzos contra la voluntad del hado? Sucederá lo que está escrito, y tú doblaras la cerviz bajo la mano del destino,

—Jamás la doblaré, señora, dijo Dolores con fiereza. ¿Decidme, por Dios, quién os paga para que así me atormentéis?

—Tú , que me preguntas cien veces por tu porvenir : tú me pagas.

—Señora , murmuró Dolores.

—Pero de hoy en adelante te juro que no me acusarás , Dolores , de dar mas pábulo á tus penas. Mi ciencia será para otra que tenga fé en ella y no me acuse : mi ciencia.....

—Por piedad , señora , no haga caso de mi delirio y tenga de mí compasion.

—Pobre flor , murmuró la vieja.

—Nadie cree como yo en la ciencia , pero algunas veces estoy loca.

—¿ A qué has venido aquí , Dolores?

—A saber de Manuel.

—Hija mia , siempre te daré tristes nuevas. He consultado esas dos barajas y las dos me han dicho lo mismo : Manuel no se acuerda de tí.

Dolores lanzó un ¡ ay ! profundo y la vieja continuó.

—Pero en cambio como te ama....

—¿ Quién ?

—El gran duque de Berg y Cleves.

La jóven no manifestó enojo como otras veces habia hecho , pero levantándose de improviso tomó la mano de la vieja , la colocó sobre su pecho , y dijo :

—Este corazon solo ha latido por un hombre; este corazon , señora Teresá , no latirá por otro , no.